

acaso un poco intrascendente, pero de amenidad sabrosa y flúida, lo cultivó con vivacidad, con una comunicativa y placentera soltura que provoca la lectura. Y luego el poema en prosa y en verso de ritmo elegante y donoso, le ha situado como uno de los poetas que ha cantado al amor, en sus más diversas y bellas modalidades líricas. Asimismo De la Vega ha conquistado resonantes triunfos en el teatro. Algunas de sus piezas, tales como "El bordado inconcluso", se recordarán siempre como una de las manifestaciones más delicadas del sentimiento, llevadas al arte escénico.

Daniel de la Vega no se contentó con que toda su labor se fuera quedando desperdigada en diarios y revistas. Tuvo el cuidado, la paciencia y el amor, por ella, para ir reuniéndola en libros que alcanzan un número considerable de volúmenes, con los cuales ha conquistado un público que le sigue con interés creciente y que ha contribuído en gran parte a crearle una gran nombradía.

El actual gobierno de la República, en reconocimiento a su perseverancia, a su inextinguible fe en la valía de su obra, le nombró recientemente en un cargo de la diplomacia, para servirlo en España. Y desde allá el poeta ha seguido comunicándonos su bello mensaje espiritual. Las viejas ciudades en cuya leyenda nutrió muchas veces su alma de soñador le han dado riquísimo tema que ha reflejado en sus crónicas de esta última etapa de su labor, con la gracia amena y fluyente que lo caracteriza.

El Premio Nacional de Literatura que ahora acaba de recibir, le confiere a su obra el pleno reconocimiento de quienes han apreciado sus elevadas facultades de artista sincero y delicado.

JUAN FRANCISCO GONZALEZ Y SU CENTENARIO

El senador don Eduardo Moore, durante el homenaje que la cámara alta rindió a Juan Francisco González, en el centenario de su natalicio, pronunció el siguiente discurso:

Señor Presidente:

Este homenaje en recordación a un gran artista nos redime de

tantas preocupaciones pequeñas y vanas, de cosas sin elegancia ni hondura que nos van robando las energías y las alegrías de vivir. Porque la secreta razón y la fuerza del arte acaso residen esencialmente en su autenticidad, y en postura serena y jubilosa frente al mundo y la vida. Cultivar y realizar la belleza ¿no será a la postre una explicación simple, directa y generosa del enigma mismo de la existencia? El artista se mueve en un ámbito sin límites, donde las cosas de la naturaleza: árbol, montaña, llanura, nubes, le pertenecen por derecho propio. Es así como ejerce un permanente e inalienable dominio sobre el mundo circundante. Y esta posesión sin restricciones ni dolorosos cercenamientos, lo torna generoso y libre. Porque esta es otra excelencia del artista, su goce y su don de libertad. Y su don de verdad. Interpretando y creando la belleza, el hombre no desea ni necesita engañar ni ser engañado. Y en el reino de su inacabable intimidad, los sueños lo rodean y sobre ellos no cabe ni la presión de ajenas voluntades, ni el imperio de menguadas leyes.

Don Juan Francisco González encarnó en su época, como nadie, las soberanas excelencias del creador de belleza plástica. Así debió ser la estampa física, así debieron vivir, amar y luchar los pintores y orfebres que rodearon a Lorenzo el Magnífico, y que hacían flamear los gallardetes de sus indomables temperamentos, por sobre la potestad de los pontífices y la insolencia de los príncipes. Maestro indiscutido de generaciones de pintores y escultores, su alta jerarquía lo sitúa ventajosamente frente a los escritores de su época. Lo conocí en mis años de mocedad, en el cenáculo de Los Diez, donde Pedro Prado dictaba las leyes de su suave y fina sabiduría.

En torno a don Juan Francisco, músicos y poetas, arquitectos y pintores, se ordenaban en un seguimiento de noble obediencia. Era reconfortante escucharlo, porque en sus palabras estaba la fe de las vocaciones profundas y absolutas. Actitud religiosa, fuerte y pura. Una unidad perfecta eran la ley y el signo de su vida. Nada titubeaba en ese trazo, ni nada se escapaba de él: lo envolvía en

sus actos y en sus palabras, en lo que realizaba su pincel y en lo que traspasaba y quemaba su corazón. Ambiciones de poderío o de riquezas, afanes de renombre y gloria, no rozaron siquiera su espíritu, y su voluntad, despojada de toda traba inútil y aliviada de gravosos lastres, se lanzó, ágil y paciente a la vez, en la persecución de la belleza. En horas de miseria, de quebrantos que jamás abatió su ánimo soberbio y dulce, don Juan Francisco rehusó el oro de un mercader próximo a dejarlo huérfano de sus telas queridas, y fué así como siguió, pobre siempre, ajeno a los pequeños bienes del mundo, pero envuelto en el hechizo intacto, que sus ojos, sus manos y su alma habían creado. Así vivía: fuerte, apoyado en la riqueza de la luz y en los tesoros de la sombra.

Lección de lealtad viva, de heroísmo sin gritos, de continuidad sin desmayos en su destino.

Al borde de la existencia gris y puerilmente complicada de miles de hombres, junto a sus miserias y egoísmos, a la crueldad y al engaño de tantos, él encendió su rústica fogata de pastor de finas emociones. Sus pinceles se movían con la unción y la gracia del oficiante de un rito misterioso, capaz de acallar las amargas dudas humanas con el solo breve grito de certeza de un rayo de sol, aprisionado en el dibujo de un árbol. Su vasto concepto de la vida y del mundo lo iba descifrando, paciente y seguro, en esos pequeños versículos que eran sus telas, donde nada parecía significar el tema mismo, sino el estilo con que había sido realizado. Porque para don Juan Francisco no existían motivos grandes ni estrechos, profundos ni superficiales; lo valedero residía en la actitud, en la forma en que el artista los trataba. La vida como unidad, entera y armoniosa, latía en la rosa o en la dalia de un pequeño boceto, como en el canto de un órgano, en el verso de un poema, o en el escorzo de una mujer que se alejaba en la tarde dorada. La vida era un espectáculo unánime y total: noble, alegre, generosa y bella.

El maestro inolvidable pudo hacer suya la frase profunda de Goethe: "Quien contempla la belleza se siente de acuerdo consigo mismo y con el mundo".